
El Cuerno de África y la guerra de los dos estrechos

Etiopía, Eritrea, Sudán y Somalia en la reconfiguración armada del Mar Rojo

Fernando Esteche

PIA Global · Periodismo Internacional Alternativo



El Cuerno de África y la guerra de los dos estrechos

Etiopía, Eritrea, Sudán y Somalia en la reconfiguración armada del Mar Rojo

Fernando Esteche

PIA Global · Periodismo Internacional Alternativo
La Plata, 22 de octubre de 2026

© Fernando Esteche, 2026. Primera edición.

Esteche, Fernando Luis

El cuerno de Africa y la guerra de los dos estrechos : Etiopía, Eritrea, Sudán y Somalia en la reconfiguración armada del Mar Rojo / Fernando Luis Esteche. - 1a ed. - La Plata : PIA Periodismo Internacional Alternativo, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-91296-4-9

1. Geopolítica. 2. Política Internacional. 3. Historia Política. I. Título.

CDD 900

PIA Global · Periodismo Internacional Alternativo. ISSN 3072-8940.
noticiaspia.com

El 23 de septiembre de 2026, de madrugada, las fuerzas del Frente Popular de Liberación de Tigray (TPLF) salieron de sus posiciones y en pocas horas tomaron los aeropuertos de Axum, Shire y Mekelle (la capital de la región de Tigray, en Etiopía). Una semana después estallaron drones sobre instalaciones militares de Addis Abeba (Etiopía), una capital que ni en los peores meses de la guerra de 2020 a 2022 había sido golpeada desde el aire. El 1 de octubre Etiopía cerró su embajada en Asmara (Eritrea) y expulsó a diez diplomáticos eritreos, y Eritrea respondió rompiendo relaciones. Tres días más tarde, en la ciudad costera egipcia de New Alamein, los presidentes de Egipto, Eritrea y Somalia y el jefe del Consejo Soberano sudanés firmaron una declaración que, sin nombrarla, dejaba a Etiopía fuera del Mar Rojo. Del otro lado del estrecho de Bab el-Mandeb, desde el 12 de septiembre, los combatientes de Ansarullah ocupaban la isla de Perim, en el medio exacto del paso.

La prensa occidental cuenta estos hechos como capítulos de guerras distintas. Una guerra civil etíope que se reanuda, una vieja enemistad fronteriza entre Etiopía y Eritrea, una guerra sudanesa que lleva tres años y medio, una crisis somalí de soberanía, y por separado la proyección marítima de la guerra que Estados Unidos e Israel abrieron contra Irán el 28 de febrero. Ese relato, fragmentado y humanitario, cumple una función. Presenta al Cuerno de África como un lugar donde los africanos se matan entre sí por razones étnicas o por la ambición de sus caudillos, y deja fuera de cuadro a quienes financian, arman, compran puertos y levantan o imponen sanciones según la necesidad del día.

Lo que ocurre en el Cuerno es otra cosa. Es la soldadura de esos conflictos en un único sistema de guerra cuyo centro de gravedad está en la costa occidental del Mar Rojo, en el control de los puertos, los corredores y el agua que conectan el interior africano con el comercio entre el océano Índico y el Mediterráneo. Las guerras tienen raíces locales profundas, y negarlo sería otra forma de colonialismo intelectual. Pero el ritmo, la escala y la duración de esas guerras los fija hoy la disputa entre el redespiegue norteamericano, los subimperialismos del Golfo y las potencias que emergen en el interregno. El Cuerno se convirtió en uno de

los campos de batalla donde se decide el orden que vendrá, y los muertos los ponen sus pueblos.

Una clave para leer el tablero

Antes de entrar en la secuencia de los hechos hace falta una herramienta. Dos analistas africanos, Abdul Mohammed y Samira Gaid, desde el centro de estudios Amani Africa, con sede en Addis Abeba, propusieron este mes una categoría que ordena buena parte del problema, la de captura geopolítica. El Cuerno fue siempre arena de patronazgo externo. Lo nuevo es la moneda con que se paga. Durante décadas los patrones ofrecieron dinero, armas y entrenamiento, recursos que se dan y se retiran. Hoy ofrecen reconocimiento diplomático, bases militares y tratados de defensa, que no se devuelven. Un dirigente local que busca protección contra sus rivales internos la consigue entregando un puerto, una pista de aterrizaje o un voto. El patrón obtiene el puerto y a cambio desalienta cualquier compromiso interno que le reste valor a su cliente. La fragmentación llama al patrocinio y el patrocinio perpetúa la fragmentación.

El canciller eritreo Osman Saleh le puso otro nombre a la misma lógica, vista desde el lado del litoral. Habló de imperialismo portuario. La expresión apunta a Emiratos Árabes Unidos, que en una década tejió una cadena de concesiones sobre la ribera africana del Mar Rojo y el golfo de Adén. Berbera, en Somalilandia, Bosaso, en Puntlandia, una base en Assab entre 2015 y 2019 para la guerra de Yemen, el intento frustrado en Yibuti, el puerto que Sudán canceló en 2022. Lo que el término describe es la transferencia de soberanía logística africana a una monarquía del Golfo que opera en sociedad con Israel y que ocupa espacios que Washington prefiere no administrar de manera directa. La oposición eritrea en el exilio lo considera propaganda de una dictadura que dejó morir a Massawa.

Puede serlo. Pero la cadena de concesiones existe, tiene fechas y tiene firmantes.

Con esas dos claves, captura y puerto, el tablero se vuelve legible.

Genealogía de una ruptura anunciada

Nada de lo que estalló en septiembre fue sorpresivo. La historia reciente empieza en 2018, cuando Abiy Ahmed llegó al gobierno etíope empujado por tres años de protestas oromo y amhara contra el viejo régimen. Ese régimen era el Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope (EPRDF), una coalición de partidos regionales que gobernó el país desde la caída del Derg, en 1991, bajo la conducción efectiva del TPLF. Los tigrinos, apenas un seis por ciento de la población, controlaron durante casi tres décadas el ejército, la inteligencia y buena parte de la economía. Abiy los desplazó del centro del poder primero con reformas y purgas, y en 2020 con la guerra.

Para hacerla se alió con quien había sido el enemigo jurado de Etiopía. Isaias Afwerki gobierna Eritrea desde la independencia de 1993 y había combatido al Estado conducido por el TPLF en la guerra fronteriza de 1998 a 2000. La paz que ambos firmaron en 2018, apadrinada por Emiratos y Arabia Saudita, le valió a Abiy el Nobel. Fue, en los hechos, un pacto entre dos gobiernos que compartían un enemigo. Entre noviembre de 2020 y noviembre de 2022 el ejército federal, las milicias amharas y las tropas eritreas libraron contra Tigray una campaña de tierra arrasada, con hambre usada como arma y masacres como las de Axum. Las estimaciones más citadas hablan de alrededor de seiscientos mil muertos. Fue una de las guerras más letales del siglo y se libró casi sin cámaras.

El Acuerdo de Pretoria la cerró en noviembre de 2022, bajo mediación de la Unión Africana, y ahí comenzó la ruptura actual. Eritrea, que había acompañado a Addis Abeba en toda la campaña, quedó fuera de la mesa. Las fuerzas amharas también. Isaias entendió que Abiy había cerrado la guerra por su cuenta, que el TPLF sobrevivía como fuerza armada y que el

aliado de ayer podía volver a ser un vecino con ambiciones. Pretoria apagó una guerra y encendió otras dos.

El nudo de la contradicción apareció en octubre de 2023. Abiy dijo ante el parlamento que el acceso soberano al Mar Rojo era una cuestión existencial para un país de más de ciento treinta millones de habitantes encerrado sin costa desde la independencia eritrea. Para Asmara eso significaba una sola cosa. El único litoral posible para Etiopía es el eritreo, y el puerto más cercano a su territorio es Assab. Desde entonces cada mención de Abiy al mar se leyó en Asmara como una declaración de guerra en cuotas.

El primer intento, sin embargo, apuntó a otra orilla. En enero de 2024 Abiy firmó un memorando con Somalilandia, la región del norte somalí que se declaró independiente en 1991 tras el derrumbe del Estado central y que ningún país reconocía. El acuerdo le daba a Etiopía una salida al mar cerca de Berbera a cambio de avanzar hacia el reconocimiento. Era la primera vez que un Estado de la región insinuaba legitimar el separatismo somalí. Mogadiscio (Somalia), sede del gobierno federal reconocido internacionalmente, presidido por Hassan Sheikh Mohamud, lo vivió como una amenaza existencial. Reconocer a Somalilandia abría la puerta a que Puntlandia, Jubalandia y otros Estados federados negociaran por su cuenta con potencias externas, y devolvía al país al fantasma del desmembramiento de 1991. Somalia buscó entonces a Egipto y a Eritrea. Una mediación turca recompuso la relación con Etiopía a fines de 2024 y Addis Abeba dejó caer el memorando, pero la mirada etíope ya se había desplazado hacia Assab.

En paralelo, el TPLF se partió. La fractura enfrentó a dos almas del movimiento. De un lado Getachew Reda, presidente de la administración interina creada por Pretoria, un pragmático que apostaba a implementar el acuerdo, convivir con Addis Abeba y recuperar recursos para una región devastada. Del otro Debretsion Gebremichael, presidente del partido, rodeado de la vieja guardia y de buena parte de los comandantes militares, que denunciaba que el gobierno federal incumplía lo firmado, que los desplazados no volvían y que el Tigray occidental seguía ocupado. En

agosto de 2024 la autoridad electoral cuestionó la existencia legal del TPLF como partido. En marzo de 2025 la facción de Debretsion tomó las oficinas de Mekelle y Getachew salió hacia Addis Abeba, donde terminó como asesor de Abiy. En mayo de 2025 el TPLF restauró el gobierno regional de preguerra. Desde entonces Tigray tuvo dos autoridades, una reconocida por el centro y otra con el control efectivo de la capital.

Addis Abeba también jugó ese partido. Financió a una escisión de excombatientes tigriños, la Fuerza de Paz de Tigray, y la usó después como prueba de que la región no estaba en condiciones de gobernarse. El TPLF de Debretsion, por su parte, empezó a ser acusado de coordinarse con Asmara. En octubre de 2025 el canciller etíope denunció ante la ONU una alianza entre Eritrea y el ala dura tigriña a la que llamó Tsimdo, palabra que remite a la idea de yunta. El TPLF eligió asociarse con el régimen cuyo ejército había cometido algunas de las peores matanzas contra su pueblo, y esa decisión dice mucho sobre el grado de instrumentalización mutua que atraviesa a todos los actores.

La guerra de septiembre

Los choques de enero y febrero de 2026 entre el TPLF y el ejército federal fueron los más serios desde el fin de la guerra anterior. A mediados de julio el TPLF declaró muerto el Acuerdo de Pretoria. El 1 de agosto hubo horas de combate cerca de la frontera sudanesa. Durante agosto el gobierno federal desplegó sobre Tigray una guerra de drones no declarada, que incluyó el bombardeo de un complejo residencial de docentes en Mekelle sin ningún objetivo militar a la vista.

El 1 de junio se habían celebrado elecciones generales sin Tigray y sin buena parte de Amhara, y el Partido de la Prosperidad de Abiy obtuvo 438 bancas. En el análisis que publicamos el 28 de septiembre en PIA Global, *Etiopía, la paz que nadie quiso sostener*, señalamos que esa exclusión aumentó el valor de las armas para dirigentes tigrinos que ya no tenían dónde negociar.

El 20 de septiembre se anunció la Coalición de Fuerzas Populares Etíopes para la Supervivencia, conocida por su sigla inglesa EPFAS. La integran el TPLF y sus Fuerzas de Defensa de Tigray, el Movimiento Nacional Fano de Amhara, el Ejército de Liberación Oromo, una facción del Frente Nacional de Liberación de Ogadén y grupos armados afar y del Benishangul. Varios de ellos se mataron entre sí hace cuatro años. Los Fano, por ejemplo, combatieron al TPLF junto al ejército federal y ocuparon el Tigray occidental, que siguen administrando y que el TPLF reclama. Marchan juntos porque comparten un enemigo, no un programa. Su objetivo declarado es derrocar a Abiy e instalar un gobierno de transición.

El 22 de septiembre un ataque con drones del ejército federal sobre una escuela de Alamata mató a catorce civiles. Al día siguiente el TPLF lanzó lo

que llamó guerra defensiva. Tomó los tres aeropuertos del norte de Tigray y cortó el único canal aéreo de refuerzo federal, avanzó sobre Afar y entró en el nordeste de Amhara. El 28 capturó Alamata en combates que dejaron al menos cincuenta y dos civiles muertos. En Afar buscaba algo más valioso que territorio, la ruta A1 que une Addis Abeba con Yibuti, por donde pasa más del noventa por ciento del comercio exterior etíope.

Yibuti merece una digresión, porque no es solo un puerto. Ese pequeño país de un millón de habitantes alberga Camp Lemonnier, la mayor base militar de Estados Unidos en África, con varios miles de efectivos, drones y fuerzas especiales que operan sobre Somalia, Yemen y el golfo de Adén. A pocos kilómetros está la única base militar china reconocida en el exterior. Francia mantiene allí su mayor guarnición africana, Japón tiene su única base fuera del archipiélago, Italia también está presente. Cortar la A1 era golpear la arteria que conecta la economía etíope con el enclave donde se concentran las fuerzas armadas de medio mundo.

El ejército federal recuperó Abala y Erebti el 1 de octubre y alejó a los rebeldes de esa ruta. Ahí se definió la primera fase. El 3 de octubre el TPLF abandonó Mekelle y al día siguiente entraron la Fuerza de Paz de Tigray y las tropas federales. Desde el 7 de octubre distintos testigos ubicaron unidades eritreas en Adigrat e Idaga Hamus, dentro de Tigray, y fuentes de seguridad hablaron de entre cinco mil y ocho mil soldados. Etiopía las bombardeó con drones el 8 y el 9. El 9 escribió al Consejo de Seguridad invocando el derecho de legítima defensa del artículo 51 de la Carta. El 10 Eritrea pidió al Consejo medidas disuasorias bajo el capítulo VII, el que habilita sanciones y uso de la fuerza. Entre el 11 y el 13 el ejército federal entró en Adigrat, Shire, Adwa, Sheraro y Zalambessa, sobre la línea de frontera. El 13, cerca de Rama, los dos ejércitos intercambiaron fuego de artillería y el puente sobre el río Mereb, que separa ambos países, quedó dañado. Fue el primer choque directo entre fuerzas regulares de Etiopía y Eritrea desde la guerra de 1998 a 2000. El 16 Abiy designó un nuevo gobierno interino para Tigray, cinco funcionarios entre los que figura el intendente de Mekelle, que actuarán según las directivas federales durante seis meses, al cabo de los cuales promete elecciones. Para

entonces, según Addis Abeba, las unidades eritreas se habían replegado hacia la frontera tras los bombardeos con drones, cosa que Asmara no confirma porque nunca admitió haberlas enviado. El TPLF calificó la nueva administración de ilegítima al día siguiente.

La caída de Mekelle se parece más a un repliegue que a una derrota. Las Fuerzas de Defensa de Tigray abandonaron una tras otra las ciudades sin dar batalla y se refugiaron en las montañas de Tembién, Adet y Abergele, como hicieron a fines de 2020 antes de volver sobre Mekelle en junio de 2021. Desde el 14 de octubre el ejército federal se retiró de Abiy Addi y de Werkamba, y los combates y bombardeos con drones se trasladaron al centro de Tigray. El 19 Addis Abeba anunció operaciones para desarmar a los combatientes de los valles de Tembién, Adet y Zana, y el 20 el TPLF reivindicó haber matado a más de mil quinientos soldados federales en Mirena, cifra que nadie pudo verificar. Ese mismo 19, en una entrevista en tigrina con la televisión estatal, Abiy les pidió a los jóvenes en armas que se desarmen y a sus jefes que se rindan, y le advirtió a Eritrea que seguir siendo base de los enemigos de Etiopía traería consecuencias extremadamente severas. De paso describió a Assab como un páramo y a Massawa como una ciudad en ruinas. Mientras tanto los Fano cortan las rutas de abastecimiento, incluida la A2 en Wurgessa, y unos tres millones de tigrinos necesitan asistencia alimentaria que no llega. El 21 Asmara respondió con un comunicado formal en el que negó que sus tropas hubieran pisado suelo etíope, rechazó los llamados internacionales a la moderación por poner en pie de igualdad a agresor y agredido, y declaró que la soberanía eritrea no es negociable ante ningún argumento económico o estratégico, en alusión directa al reclamo etíope sobre el mar. Esa misma noche un dron golpeó a un grupo de comerciantes de cabras en Finarwa, a unos ochenta kilómetros de Mekelle, y mató a cuatro personas, dos de ellas niños. Al cierre de esta edición, el 22 de octubre, el ejército federal tiene las ciudades y la frontera, y los rebeldes el campo.

En el medio de todo eso, el 5 de octubre, Abiy juró un nuevo mandato de cinco años. En su discurso de asunción repitió que trabajaría para que Etiopía tenga una salida al mar. Lo dijo con tropas propias a treinta kilómetros de Eritrea. Esa frase, en ese momento y en ese lugar, no admite lecturas inocentes.

Etiopía, un Estado sin pacto y sus padrinos

La explicación étnica del conflicto etíope es perezosa. El problema de fondo es la forma del Estado. El federalismo que diseñó Meles Zenawi (primer ministro de Etiopía entre 1995 y 2012, líder del TPLF) en los noventa organizó el país en regiones con derecho constitucional a la autodeterminación, y el partido de vanguardia funcionaba como el cemento que impedía que ese derecho se ejerciera. Abiy disolvió el EPRDF en 2019 y fundó el Partido de la Prosperidad, un proyecto centralizador que aspira a construir una nación etíope por encima de las identidades regionales. Destruyó el viejo pacto sin construir uno nuevo. Tigray vive en guerra intermitente desde 2020, Amhara tiene una insurgencia Fano activa desde 2023, Oromía, la región más poblada, sostiene al Ejército de Liberación Oromo, y Afar y la región somalí tienen conflictos propios.

En ese cuadro el mar funciona en dos registros. Es un interés material real, porque Etiopía paga por el corredor de Yibuti entre mil y mil quinientos millones de dólares anuales y su economía de crecimiento acelerado necesita salidas. Y es un dispositivo de cohesión, porque lo único que puede unir a un amhara, a un oromo y a un somalí etíope bajo la misma bandera es la promesa de recuperar lo perdido. En septiembre de 2025 Abiy dijo que Etiopía iba a corregir el error de haber renunciado a Assab y el ejército calificó de bandidaje cualquier negociación del reclamo.

En PIA Global sostuvimos que la crisis etíope es un caso de caotización de un Estado grande, funcional a quienes necesitan puertos y corredores en la ribera africana del Mar Rojo y no necesitan ni una Etiopía cohesionada ni una Eritrea soberana. Esos actores tienen nombre. Emiratos y sus operadores portuarios DP World y AD Ports, Israel con su necesidad de vigilar Bab el-Mandeb, y un Estados Unidos que prefiere

delegar en ellos la custodia de la ruta. La tesis requiere una precisión. Abiy no es una víctima de esa caotización sino uno de sus socios. Su proyecto centralizador nadie se lo impuso desde Abu Dabi (Emiratos Árabes Unidos), pero sí encontró allí el financiamiento para llevarlo adelante, y encontró en las grandes potencias un dejar hacer que le permitió librar dos guerras sin pagar costos.

La lista de sus padrinos es larga y heterogénea. Emiratos es el principal. Durante la guerra de Tigray, cuando las fuerzas tigríñas avanzaban sobre Addis Abeba en el otoño de 2021, los drones llegados desde Abu Dabi, junto con los Bayraktar turcos y los Mohajer iraníes, cambiaron el curso de la guerra. Según investigaciones de medios árabes, Emiratos le inyectó a Etiopía un depósito de mil millones de dólares cuando las reservas estaban agotadas, y algún asesor del entorno de Abiy llegó a afirmar que en 2025 el primer ministro estuvo a punto de invadir Assab por insistencia emiratí. Ese dato no está verificado, pero se inscribe en un patrón que nadie discute. Los vuelos de carga emiratíes hacia la base aérea de Harar Meda siguen llegando, y según la prensa italiana una parte de esa carga sigue viaje hacia las fuerzas paramilitares sudanesas.

Israel es el segundo. Mantiene con Etiopía una cooperación de inteligencia formalizada en 2020 y una relación de seguridad que se remonta al emperador Haile Selassie (Etiopía, 1930 a 1974). Fue proveedor de armas y asesoría contrainsurgente del imperio y, por unos años, del Derg, precisamente contra la guerrilla independentista eritrea. Isaías no lo olvidó. Cuando Osman Saleh dijo en septiembre que el proyecto etíope era un calco del lema sionista, del río al mar, pero con el Nilo en lugar del Jordán, estaba hablando también de esa memoria.

Qatar es el tercero, y el más llamativo. El 25 de septiembre Emiratos expresó su plena solidaridad con el gobierno etíope y condenó la ofensiva tigríña. Qatar, que en Somalia, en Sudán y en Libia está del lado opuesto a Emiratos, también se pronunció por la unidad y la soberanía etíopes. La coincidencia no es casual ni ideológica. Ninguna de las dos monarquías quiere una Etiopía desintegrada, porque Etiopía es el mayor mercado interior del Cuerno, el destino de sus inversiones agrícolas, energéticas e

inmobiliarias, y la puerta hacia África oriental. Difieren en todo lo demás. Abu Dabi apuesta a Abiy como pieza de una red de puertos y corredores que controla. Doha (Qatar) apuesta a no ceder Addis Abeba a su rival y conservar un canal propio con el gobierno más poblado de la región. Turquía, socia de Qatar, hace algo parecido. Vendió drones a Abiy en 2021 y al mismo tiempo sostiene militarmente a Mogadiscio. En el Cuerno los padrinos del Golfo compiten, pero comparten un piso, el de que el Estado etíope no caiga.

Y luego está Occidente. Washington y Bruselas presionaron a Abiy durante la guerra con amenazas de sanciones y lo expulsaron del sistema de preferencias comerciales AGOA. Firmado Pretoria, soltaron la presión. El Fondo Monetario Internacional le aprobó en 2024 un programa de 3.400 millones de dólares a cambio de la flotación del birr, y celebra en cada revisión las exportaciones y la recaudación de un Estado que bombardea escuelas con drones. Para los acreedores, la variable relevante es la cuenta corriente. La integridad territorial y la vida de los tigríños son asuntos de otros. Y el Pentágono nunca soltó del todo a su viejo socio. El 19 y el 20 de agosto de este año una delegación militar etíope acordó en Washington lo que ambas partes llamaron una cooperación estratégica integral en defensa y seguridad.

Abiy no es, entonces, un títere de Abu Dabi ni un jugador independiente. Es un dirigente que construyó su margen de autonomía multiplicando padrinos, Emiratos para el dinero y los drones, Washington para la seguridad y los créditos multilaterales, Israel para la inteligencia, Turquía y Qatar como reaseguro, Moscú y Pekín para los BRICS, la central nuclear y la deuda. Esa diversificación lo protege mientras ninguno de sus socios le exija elegir. Su problema es que en 2026 empezaron a exigirselo.

Le teme a Egipto, que lo rodea por el Nilo, por Somalia y por Eritrea. Le teme a un TPLF que Asmara puede mantener armado indefinidamente. Le teme, sobre todo, a perder Amhara, que es el corazón histórico del Estado etíope y donde los Fano llegaron a reclamar, el 14 de octubre, la toma de Meragna, en la zona de Shewa del Norte, a pocas horas de la capital. Y le

teme a un giro de Washington que ya comenzó, aunque todavía no se haya consumado.

Eritrea, el amortiguador y la costa

Eritrea es el actor más incomprendido del tablero. Es un Estado pequeño, de unos tres millones y medio de habitantes, militarizado en extremo, con servicio nacional indefinido y sin elecciones desde 1993. Las organizaciones de derechos humanos financiadas por gobiernos y fundaciones occidentales lo describen como uno de los regímenes más cerrados del mundo, y suelen hacerlo con un rigor que no aplican a los aliados de Washington. Ese uso selectivo de los derechos humanos como instrumento de impugnación no borra el carácter autoritario del régimen eritreo, pero obliga a leer cada denuncia sabiendo quién la financia y contra quién apunta.

Casi nunca se dice que Eritrea tiene desde 1993 una política exterior de una coherencia notable, la de impedir que Etiopía se convierta en una potencia capaz de reabsorberla. Todo lo demás es instrumental. Un Estado chico frente a uno grande necesita un amortiguador, y Asmara intenta que el TPLF cumpla ese papel. Mientras el TPLF siga armado en Tigray, el ejército etíope no puede desplegarse limpiamente sobre la frontera eritrea. Isaías combatió al TPLF entre 2020 y 2022 con una ferocidad que dejó masacres documentadas, y hoy lo necesita vivo. No por afinidad sino por geometría.

Asmara niega haber organizado la coalición rebelde y niega que sus tropas hayan entrado en Tigray, aunque su ministro de Información, Yemane Gebremeskel, no desmintió el cruce cuando acusó a Addis Abeba de fabricar una narrativa de legítima defensa para encubrir una guerra de agresión. Isaías, en la televisión estatal, habló de conflictos en Amhara, Tigray, Afar, Oromía y Somalia alimentados por financiamiento y armas externas. La acusación apunta a Emiratos sin nombrarlo. En enero había

recuperado una propuesta eritrea de doce puntos para la seguridad del Mar Rojo, basada en la responsabilidad exclusiva de los Estados ribereños y en el rechazo a las bases extranjeras. Esa propuesta reaparecería meses después, casi palabra por palabra, en El Alamein.

Hay un dato que obliga a revisar la imagen de Eritrea como pieza del campo antinorteamericano, y es el nudo de todo el problema. El 18 de septiembre, cinco días antes de la ofensiva tigríña, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos dejó sin efecto las sanciones impuestas en 2021 a las Fuerzas de Defensa de Eritrea, al partido gobernante, el Frente Popular para la Democracia y la Justicia, a la Red Sea Trading Corporation y al fideicomiso Hidri, que conforman el entramado económico del régimen. El Departamento de Estado explicó que la medida buscaba promover intereses regionales estadounidenses. Desde abril se sabía de conversaciones entre Isaias y Massad Boulos, el asesor de Trump para África, con mediación egipcia, y el 19 de julio Boulos se reunió con Osman Saleh en El Cairo.

Qué significa que Washington esté comprando la costa eritrea no figura en ningún documento público. No hay contrato ni base anunciada. Hay un intercambio cuyos términos se leen en los hechos. Estados Unidos levanta el castigo que pesaba sobre el régimen y le reabre el acceso a créditos, comercio y compras de armamento. A cambio se asegura que esa costa no quede en manos de sus competidores. Eritrea fue el único país africano que votó en 2022 contra la resolución de la Asamblea General que condenaba a Rusia por Ucrania, Moscú lleva años hablando de un centro logístico naval en Massawa o en el archipiélago de Dahlak, y China elevó su relación con Asmara a asociación estratégica e invierte en su minería. Desactivar ese frente le permite además contar con un vigía amigo frente a la costa yemení, justo cuando Ansarullah avanza sobre Bab el-Mandeb y amenaza la ruta por la que sale el petróleo saudí.

La otra ganancia es política. Rehabilitar a Isaias es una carta de presión sobre Addis Abeba, una forma de recordarle a Abiy que su protector emiratí no es el único que decide en la región. Washington no eligió entre

Etiopía y Eritrea. Eligió la costa, y se aseguró de tener un pie en cada orilla del conflicto.

Washington en el Cuerno

Quien busque a Estados Unidos en el Cuerno de África mirando solo los titulares lo encontrará ausente. Es una ilusión óptica. Washington no apareció en primera persona en ninguna de las guerras de 2026 y, sin embargo, cada una de ellas lleva su firma.

Su primera firma es la guerra contra Irán. Cuando Estados Unidos e Israel atacaron Irán el 28 de febrero, Ormuz quedó bloqueado y el Mar Rojo pasó a ser la única salida del crudo saudí. Ansarullah convirtió Bab el-Mandeb en frente de batalla, y todo lo que ocurre desde entonces en la costa africana deriva de esa decisión tomada en Washington y en Tel Aviv. Desde septiembre el Comando Central estadounidense tiene en funcionamiento una fuerza de tareas que aporta inteligencia y planificación a las operaciones saudíes contra los hutíes. El 4 de octubre las fuerzas yemeníes sostenidas por Riad (Arabia Saudita) lanzaron la ofensiva que llamaron Amanecer de Yemen y dicen haber recuperado Moka y el distrito de Dhubab, sobre el estrecho, algo que Ansarullah desmiente. Ansarullah respondió el 10 de octubre con un misil sobre el aeropuerto internacional Rey Jalid de Riad que, según las autoridades saudíes, mató a trece personas e hirió a más de trescientas, y siguió con ataques sobre los aeropuertos de Jizán, Najrán y Abha. Trump dijo que Estados Unidos podría sumarse directamente a la campaña, y Ansarullah le contestó que esa intervención tendría una respuesta rápida y dolorosa. La coalición saudí reconoció que un Estado externo asiste a los hutíes sin nombrar a Irán, y la prensa norteamericana atribuye a la Guardia Revolucionaria el entrenamiento, la inteligencia y la guía de los ataques. Londres reabastece en vuelo a los cazas saudíes y París envió fuerzas para custodiar la ruta petrolera saudí por el Mar Rojo, de modo que la coalición

que defiende el estrecho ya es, en los hechos, occidental. Mientras tanto Washington bloquea los puertos iraníes y estudia por medio de mediadores una propuesta iraní de alto el fuego de siete días. La guerra del estrecho ya tiene a Washington adentro, aunque todavía no a cara descubierta.

Hay además una presencia militar permanente que tampoco ocupa titulares. Camp Lemonnier, en Yibuti, es el centro de operaciones del Comando África sobre el Cuerno, Yemen y el golfo de Adén. Desde allí Estados Unidos bombardea Somalia de manera sistemática. En 2025 alcanzó el récord histórico de ataques aéreos sobre ese país, y en los primeros cinco meses de 2026 el propio comando confirmó sesenta y tres, contra Al-Shabaab y contra la rama somalí del Estado Islámico en las montañas de Puntlandia. Es una guerra que no se declara ni se debate.

Con Etiopía el juego es más fino, y es el que explica el comportamiento de Abiy. Washington juega con Etiopía un doble carril deliberado. No la suelta, porque la necesita como mercado, como ancla antiterrorista en Somalia y para que no se la lleven Moscú, Pekín o el propio Abu Dabi. De ahí el acuerdo de defensa de agosto y el llamado del secretario de Estado Marco Rubio a Abiy el 14 de octubre, en el que reconoció las legítimas preocupaciones de seguridad de Etiopía. Pero la disciplina con Egipto y con Eritrea para que no se convierta en una potencia marítima propia. En enero Trump le escribió a Sisi (presidente de Egipto) ofreciendo reabrir la mediación norteamericana sobre la presa del Renacimiento, y en esa carta, que publicó en su red social, afirmó que ningún Estado de la región debería controlar unilateralmente los recursos del Nilo. Es la tesis egipcia, escrita por el presidente de Estados Unidos. En julio Massad Boulos, su asesor para África, recorrió El Cairo, Asmara y Somalia, y no pasó por Addis Abeba. En septiembre llegó el levantamiento de las sanciones a Eritrea. Rubio aclaró el 18 de octubre que la medida no tenía relación con el riesgo de guerra y que buscaba mejorar la comunicación con Asmara, que es una manera elegante de decir que Washington quiere tener línea directa con los dos lados del frente. Y en el mismo llamado de octubre en que Rubio comprendía las preocupaciones etíopes, le pidió máxima

contención frente a Asmara y advirtió que la tensión podía derivar en una guerra regional.

Washington busca una Etiopía bastante fuerte para ser útil y bastante débil para no decidir sola sobre el Mar Rojo. Una invasión de Assab incendiaría la costa que Estados Unidos necesita quieta mientras dure la guerra con Irán, y una Etiopía con puerto propio, financiada por Emiratos y con reactores rusos, sería un actor que ya nadie podría encuadrar. El pedido de contención de Rubio, leído en ese contexto, es una advertencia más que un consejo.

Con los socios del Golfo la lógica es la misma. Estados Unidos dejó que Emiratos se convirtiera en el gran financista de Addis Abeba y de los paramilitares sudaneses, porque Abu Dabi es un aliado y su red de puertos le ahorra a Washington el costo de administrar la ribera africana. Pero cuando la ruptura entre Abu Dabi y Riad se volvió abierta, Washington se acercó a Riad, con quien negocia un acuerdo nuclear civil y a quien asiste en Yemen. En Sudán, sancionó en 2025 tanto a Burhan (jefe del ejército y del Consejo Soberano de Sudán) como a Hemedti (jefe de los paramilitares sudaneses), declaró que ninguno de los dos representa una autoridad legítima y le negó la visa a Burhan para la Asamblea General, pero conduce con Egipto, Arabia Saudita y Emiratos el llamado Cuarteto que negocia una tregua. Se sienta en la misma mesa con el principal sostén de los paramilitares. Mantiene a todos dentro de su órbita y se reserva la facultad de inclinar la balanza.

Y está lo que Washington deja de pagar. A comienzos de julio comunicó a la Unión Africana que no sostendrá más allá del 31 de diciembre la Oficina de Apoyo de Naciones Unidas en Somalia, el mecanismo logístico que alimenta, transporta, cura y comunica a las tropas de la misión africana, la AUSSOM. No dio razones formales. Sus funcionarios negaron estar cortando fondos y reclamaron que Europa y África pongan su parte en igualdad de condiciones. Es la política de la administración Trump de retirarse de las operaciones multilaterales que no controla, y su efecto es que la misión que sostiene al Estado somalí frente a Al-Shabaab entra en enero en el vacío.

Leído en conjunto, el patrón no tiene nada de pasivo. Es el redespliegue de una potencia en declinación relativa que ya no puede ordenar regiones enteras y que, por eso mismo, gobierna administrando desequilibrios. No construye Estados ni sostiene misiones de paz. Retiene los nodos que le importan, Yibuti, el estrecho, las costas frente a Yemen, los minerales críticos de Somalilandia, delega la gestión cotidiana en socios regionales y se queda con el termostato. Deja que Emiratos financie a Abiy y que Egipto lo cerque, y regula la temperatura de cada lado según lo que necesite ese mes. Compra costas antes que Estados, y se asegura de tener un pie en cada orilla de cada conflicto.

Sudán, la otra mitad del incendio

Si Tigray es la mecha, Sudán es el depósito de combustible. La guerra entre las Fuerzas Armadas Sudanesas del general Abdel Fattah al-Burhan y las Fuerzas de Apoyo Rápido de Mohamed Hamdan Dagalo, conocido como Hemedti, empezó en abril de 2023. Ambos habían dado juntos el golpe de octubre de 2021 que liquidó la transición civil nacida de la revolución de 2019. Pelearon por la integración de los paramilitares al ejército y por el control de los recursos, en especial el oro.

Las Fuerzas de Apoyo Rápido son la mutación institucional de los janjawid, las milicias árabes que el régimen de Omar al-Bashir (presidente de Sudán entre 1989 y 2019) usó para arrasarlo en Darfur en los años dos mil. Bajo Hemedti se convirtieron en una corporación militar y comercial con minas de oro propias, como las de Jebel Amer, redes de exportación a través de Dubái y una línea de negocio en la venta de combatientes, que fueron a pelear a Yemen bajo bandera saudí y emiratí. El 26 de octubre de 2025 tomaron El Fasher, la última plaza del ejército en Darfur, tras un asedio de dieciocho meses. Las Naciones Unidas documentaron más de seis mil muertos en los primeros tres días y encontraron indicios de genocidio contra las comunidades zaghawa y fur. Los recuentos posteriores hablan de decenas de miles de víctimas.

Hoy el ejército controla Jartum (la capital sudanesa), el centro, el este y Puerto Sudán. Los paramilitares dominan casi todo Darfur, donde instalaron un gobierno paralelo, y partes de Kordofán, donde se libra el frente principal. Ocho millones seiscientos mil sudaneses están desplazados dentro del país y casi cuatro millones son refugiados en el exterior. Diecinueve millones y medio enfrentan hambre de nivel crisis o

peor, y el 12 de octubre la ONU alertó sobre riesgo de hambruna en Darfur y Kordofán.

La guerra sudanesa está atravesada de punta a punta por el patrocinio externo. Una misión de investigación de la ONU encontró en septiembre motivos razonables para creer que reclutadores en Emiratos y en Colombia abastecieron a los paramilitares de mercenarios, armas y drones a través de Chad, el sur de Libia y el puerto de Bosaso, en Puntlandia, y documentó hasta dos mil excontratistas militares colombianos operando drones y artillería para Hemedti. Emiratos lo niega. El ejército, por su parte, recibió drones de Irán y Turquía, y apoyo político y militar de Egipto, Arabia Saudita y Eritrea.

El eslabón etíope es el que suelda Sudán con Tigray. En mayo el gobierno de Burhan retiró a su embajador en Addis Abeba y acusó a Etiopía y a Emiratos de haber lanzado desde territorio etíope cuatro ataques con drones, uno de ellos sobre el aeropuerto de Jartum. En febrero se conoció la existencia de un campo de entrenamiento secreto en la región etíope de Benishangul-Gumuz, con capacidad para unas diez mil personas, donde según distintas fuentes se formaban combatientes paramilitares con financiamiento, instructores y logística emiratíes. Según pudimos reconstruir en PIA Global en *Etiopía, la paz que nadie quiso sostener*, Burhan visitó Asmara dos veces desde julio, mientras Hemedti habría pasado por Addis Abeba a fines de agosto. Etiopía, por su parte, acusa a Jartum de financiar al TPLF.

Cada gobierno arma la insurgencia del otro. La práctica es vieja en el Cuerno, pero nunca fue solo africana. Durante la Guerra Fría Jartum y Addis Abeba se desestabilizaron mutuamente con el dinero y las armas de Washington y Moscú, Israel armó a los rebeldes del sur sudanés para debilitar a un Estado árabe, y las fronteras sobre las que se pelea son las que trazaron Londres, Roma y París. La diferencia de hoy es que los proveedores ya no son dos superpotencias que se vigilan sino una docena de capitales que compiten sin reglas.

Somalia y la soberanía en venta

Somalia muestra mejor que nadie la profundidad del fenómeno. En marzo el parlamento aprobó enmiendas constitucionales que extendieron en los hechos el mandato de Hassan Sheikh Mohamud, que vencía en mayo de 2026. La oposición las rechazó y el 16 de octubre la comisión electoral fijó las presidenciales para mayo de 2027. Puntlandia y Jubalandia están enfrentadas con Mogadiscio y en septiembre hubo combates alrededor de Baidoa. Al-Shabaab sigue golpeando y, según analistas africanos, habría tejido vínculos de armas y entrenamiento con Ansarullah, del otro lado del golfo de Adén.

Sobre esa fractura se montó la geopolítica de los puertos. El 26 de diciembre de 2025 Israel se convirtió en el primer Estado miembro de la ONU en reconocer a Somalilandia, y a comienzos de enero su canciller visitó Hargeisa (capital de Somalilandia). Desde marzo se sabe que funcionarios israelíes inspeccionaron terrenos elevados al oeste de Berbera, a unos doscientos sesenta kilómetros de la costa yemení, aptos para radares y equipos de inteligencia, y en julio se informaron obras en el aeropuerto de Berbera que permitirían su uso por Emiratos, Israel y Estados Unidos. Que Israel ya opere allí una base de inteligencia no está comprobado. Somalilandia lo niega. Pero los indicios son fuertes y la propia Ansarullah declaró que cualquier presencia militar israelí o estadounidense en ese territorio será tratada como objetivo legítimo. En PIA Global lo analizamos en [*Somalilandia y la soberanía en el Cuerno de África y la región del Mar Rojo*](#).

La respuesta de Mogadiscio fue drástica. El 12 de enero de 2026 canceló todos los acuerdos de defensa, seguridad y operación portuaria con Emiratos, incluidos los de Berbera, Bosaso y Kismayo. La medida reveló

hasta dónde llega la captura. Somalilandia, que no reconoce la autoridad de Mogadiscio, siguió con sus acuerdos. Pero también Puntlandia y Jubalandia, que forman parte de la federación somalí, anunciaron que sus relaciones con Abu Dabi seguirían intactas, desconociendo en los hechos la decisión del gobierno central. Una discusión sobre las competencias de cada nivel del Estado se convirtió en una disputa por la orientación internacional del país. El federalismo somalí pasó a ser política exterior, y cada región tiene ya su propio padrino.

Mogadiscio, a su vez, eligió los suyos. Turquía es su socio militar principal, con una base de entrenamiento permanente, acuerdos navales, exploración de hidrocarburos y un puerto espacial cuya construcción anunció Erdogan. Días después del reconocimiento israelí, Mogadiscio y Ankara acordaron además una base militar turca en Laas Qoray, sobre la costa que Somalilandia reclama pero no controla. Al mismo tiempo, el gobierno federal reconoció como Estado federado a la región del Nordeste, formada en zonas de Sool, Sanaag y Cayn que se rebelaron contra Hargeisa. Las dos jugadas tienen el mismo sentido. Erosionan la pretensión de Somalilandia de heredar las fronteras del antiguo protectorado británico y le muestran que su territorio tampoco es homogéneo. China, por razones que tienen que ver con Taiwán, acompaña a Turquía en la defensa de la integridad somalí, como se planteó en *Türkiye y China están del mismo lado en Somalia*.

Egipto es la otra pieza. Se prepara para desplegar tropas en una base cercana al antiguo aeródromo de Cisiley, al norte de Mogadiscio, dentro de la AUSSOM, que le asignó mil noventa y un efectivos, y en el marco de un pacto militar bilateral firmado en 2024. Analistas somalíes describen a su país como la profundidad estratégica de Egipto, y la expresión es exacta. Para El Cairo, Somalia es la retaguardia sur de su disputa con Etiopía por el Nilo y el cierre del cerco marítimo sobre la entrada meridional del Mar Rojo, que es también la puerta de entrada al canal de Suez, del que depende buena parte de sus divisas. Con soldados en Somalia y un aliado en Eritrea, Egipto rodea a Etiopía por el norte y por el este. Mientras tanto Etiopía anunció que retirará tres mil soldados de Somalia para usarlos contra los

rebeldes en su propio territorio. El soldado etíope que se va y el soldado egipcio que llega resumen el desplazamiento del equilibrio regional mejor que cualquier mapa.

Hassan Sheikh lo sintetizó en una frase. Somalilandia no obtuvo un reconocimiento sino una trampa tendida por Israel. Y en octubre agregó que el objetivo israelí en Berbera es acercarse a los Estados del Golfo y a Irán. En la misma entrevista acusó a los hutíes de desestabilizar la región. La posición somalí es la de un Estado que no quiere ser base de nadie y que, por su debilidad, termina siendo terreno de todos.

La guerra de los dos estrechos

Desde la ocupación de Perim, el 12 de septiembre, el estrecho de Bab el-Mandeb es literalmente una línea de frente. Ansarullah, el movimiento que gobierna el norte de Yemen y que la prensa occidental llama hutíes, entró en la guerra a comienzos de abril con misiles contra Israel. El 20 de julio declaró un bloqueo naval contra Arabia Saudita bajo la consigna de asedio por asedio y atacó petroleros con carga saudí. En agosto produjo las primeras muertes en la navegación desde el inicio de la guerra, seis tripulantes de un carguero de bandera egipcia. En septiembre lanzó una ofensiva relámpago sobre la costa yemení del Mar Rojo hasta llegar a la isla que divide en dos el paso. Las fuerzas yemeníes sostenidas por Riad contraatacaron el 4 de octubre, con asistencia de inteligencia norteamericana, y desde entonces la guerra se libra a la vez sobre la costa y sobre los aeropuertos saudíes.

Ormuz y Bab el-Mandeb se están fusionando en un mismo teatro de guerra. Ese es el dato que reordena todo lo demás. Mientras el golfo Pérsico estuvo abierto, la costa africana del Mar Rojo era una periferia, importante para el comercio pero secundaria para la guerra. Con Ormuz bloqueado y el petróleo saudí saliendo por el puerto de Yanbu, sobre la costa occidental del reino, cada kilómetro de litoral entre Suez y el golfo de Adén pasó a tener valor militar. Eritrea, Yibuti, Somalilandia y Puntlandia dejaron de ser periferia para convertirse en retaguardia de una guerra global. Por eso Washington levanta sanciones a Asmara y asiste a Riad en Yemen, Israel busca radares en Berbera, Arabia Saudita arma una coalición marítima y China refuerza su base en Yibuti. El Cuerno no eligió entrar en la guerra del golfo Pérsico. La guerra vino a buscarlo.

En julio, como reconstruimos en PIA Global, Riad reunió a catorce países, Egipto, Yibuti, Sudán y Somalia entre ellos, en una alianza de defensa marítima de la que quedaron fuera Emiratos y Etiopía. La ruptura saudí-emiratí, abierta en Yemen entre fines de 2025 y comienzos de 2026 cuando Riad se volvió contra el Consejo de Transición del Sur que Abu Dabi había armado, cruzó el estrecho y se instaló en el Cuerno. Desde Washington, algunos centros de estudios árabes hablan de un eje de fragmentación emiratí-israelí. El académico Andreas Krieg, del King's College de Londres, fue más lejos y describió un eje de secesionistas construido por Abu Dabi, que sostiene actores separatistas desde el sur de Yemen hasta Somalilandia y Puntlandia, pasando por los paramilitares sudaneses.

El 4 de octubre, en New Alamein, el contraeje adquirió por primera vez forma de documento. La Declaración Conjunta firmada por Abdel Fattah al-Sisi (Egipto), Isaias Afwerki (Eritrea), Hassan Sheikh Mohamud (Somalia) y Abdel Fattah al-Burhan (Sudán) proclama la no injerencia en los asuntos internos bajo cualquier pretexto, respalda la unidad sudanesa y rechaza la creación de entidades paralelas. Rechaza también cualquier reconocimiento de Somalilandia, declara que la gobernanza del Mar Rojo es responsabilidad exclusiva de los Estados ribereños y se opone a toda medida unilateral que afecte los usos del Nilo por parte de Egipto y Sudán. Cada cláusula tiene destinatario. La de los ribereños excluye a Etiopía del mar. La del Nilo apunta a la Gran Presa del Renacimiento. La de las entidades paralelas apunta a Hemedti y, detrás de él, a Emiratos. La de Somalilandia apunta a Israel.

La cancillería etíope respondió al día siguiente y la prensa cercana al gobierno de Abiy denunció la contradicción de El Alamein. Etiopía aporta la mayor parte del agua del Nilo y tuvo puertos durante milenios, Sudán ocupa tierras etíopes en el triángulo de Al-Fashaga mientras proclama soberanía, y la estabilidad del Estado somalí la sostuvieron durante dos décadas soldados etíopes. La réplica tiene argumentos, pero no cambia lo esencial. Por primera vez desde 1993 los vecinos de Etiopía firmaron un documento que define su proyecto marítimo como una amenaza común.

El análisis de Beto Cremonte en *Egipto y las contradicciones del poder* advierte con razón que esa convergencia todavía no es una alianza militar formal. Somalia mantiene vínculos de seguridad con Etiopía y Egipto conserva su relación estratégica con Washington y con las monarquías del Golfo. Pero la dirección del movimiento es clara.

Dos constelaciones y muchas lealtades móviles

Con estos elementos se puede dibujar un mapa de alineamientos, siempre con lápiz, porque lo que define a este sistema es la movilidad de sus lealtades.

La primera constelación gira alrededor del eje entre Addis Abeba y Abu Dabi. La integran el gobierno federal etíope con su ejército, la administración tigríña afín a Getachew Reda y la Fuerza de Paz de Tigray. Emiratos funciona como patrón financiero, militar y logístico, e Israel como socio de Emiratos, de Somalilandia y de los servicios de inteligencia etíopes. Somalilandia y las administraciones de Puntlandia y Jubalandia, enfrentadas con Mogadiscio, mantienen sus acuerdos con Abu Dabi. En Sudán, las fuerzas de Hemedti y su gobierno paralelo completan el arco. Esta constelación no tiene documento fundacional. Es una red de puertos, vuelos de carga y préstamos.

La segunda es la de El Alamein. Egipto la conduce, con Eritrea como socio militar, el ejército sudanés de Burhan y el gobierno federal somalí. Arabia Saudita la sostiene desde el Golfo con su alianza marítima, y Turquía comparte con ella la defensa de la integridad somalí. Del lado de la insurgencia etíope, Addis Abeba acusa a Eritrea, Egipto y Sudán de sostener a la coalición rebelde, cosa que los tres niegan.

El mapa se rompe en cuanto se lo mira de cerca. Qatar respaldó al gobierno etíope en septiembre, aunque en Somalia está con Mogadiscio. Turquía vendió drones a Abiy y protege a Hassan Sheikh. Estados Unidos rehabilitó a Eritrea cinco días antes de la ofensiva tigríña, firmó en agosto un acuerdo de defensa con Etiopía y le escribió en enero a Sisi dándole la

razón sobre el Nilo. El TPLF se alía con el ejército que masacró a su pueblo y los Fano, que ocupan tierras reclamadas por el TPLF, marchan con el TPLF. Irán abastece de drones al ejército sudanés, del mismo lado que Arabia Saudita, a la que sus aliados yemeníes bloquean en el mar. No hay dos bloques. Hay alianzas superpuestas, y cada actor tiene un patrón distinto según el expediente.

Cómo se lee desde Teherán, Moscú y Pekín

La lectura iraní del Cuerno está subordinada a la guerra que libra contra Estados Unidos e Israel, y no podría ser de otro modo. Press TV, la cadena internacional de la radiotelevisión estatal iraní, encuadró la ruptura entre Etiopía y Eritrea como preludio de un nuevo conflicto en el Mar Rojo y destacó la denuncia eritrea sobre un proyecto etíope que va del Nilo al mar, en analogía con el expansionismo israelí. El acento está en la convergencia entre Israel, Emiratos y Etiopía, que Teherán percibe como la extensión africana del cerco que sufre en el Golfo. El elemento más duro de esa lectura viene de Saná (la capital yemení, en manos de Ansarullah). En junio un dirigente de Ansarullah declaró que cualquier presencia militar israelí o estadounidense en Somalilandia sería tratada como objetivo legítimo, y recordó que Abdul-Malik al-Houthi ya lo había advertido. Para Teherán y para Saná, Berbera es la próxima base enemiga sobre Bab el-Mandeb.

Esa lectura tiene un punto ciego. Ni Irán ni Ansarullah tienen una posición propia sobre la guerra civil etíope o sobre el destino de los tigríños, y su interés en la orilla africana se agota en el control del estrecho. El gobierno somalí, que rechaza a Israel con la misma energía, tampoco se alinea con Teherán y acusa a los hutíes de desestabilizar la región.

Moscú lee el tablero desde la soberanía estatal, con coherencia. El 25 de septiembre la portavoz de la cancillería rusa, María Zajárova, expresó preocupación por los enfrentamientos entre las fuerzas gubernamentales y lo que llamó grupos armados tigríños ilegales, pidió respetar el alto el fuego y los acuerdos vigentes, instó a los actores externos a no interferir y afirmó que la unidad y la integridad territorial de Etiopía son la única base

viable para resolver las diferencias. Calificar de ilegales a las fuerzas tigríñas no es un detalle. Rusia se ubica del lado del Estado etíope, como en 2021, cuando suavizó en el Consejo de Seguridad los textos que buscaban presionar a Addis Abeba.

Pero Rusia juega en las dos orillas. En la cumbre de los BRICS de Nueva Delhi, en septiembre, Putin recibió a Abiy junto al canciller Lavrov y al jefe de la cooperación técnico-militar, y Abiy dijo que Etiopía no estaría en los BRICS sin Moscú. Rosatom avanza con el plan de la primera central nuclear etíope. Al mismo tiempo Eritrea es el socio ruso más fiel del continente, Massawa firmó un hermanamiento con Sebastopol y la idea de un punto de apoyo naval ruso en la costa eritrea circula desde hace años. La historia tiene ironía. La Unión Soviética tuvo una base en la isla de Nokra, en el archipiélago de Dahlak, cuando esas aguas eran etíopes, y la perdió en 1991 bajo el fuego del frente que conducía Isaias. En Sudán, el acuerdo de 2020 para una base logística en Puerto Sudán quedó congelado por la guerra, aunque el ejército sudanés ofreció reactivarlo a cambio de armamento. Una guerra abierta entre Addis Abeba y Asmara obligaría a Moscú a elegir entre su socio continental más poblado y la costa que necesita. Es su peor escenario.

Pekín es el actor más silencioso y, a la vez, el más estructural. En 2022 propuso su Perspectiva de Paz y Desarrollo en el Cuerno de África, con un enviado especial y una fórmula que se repite en cada comunicado, que los pueblos de la región resuelvan sus diferencias a la manera africana, sin injerencia de fuerzas extrarregionales y con el desarrollo como condición de la seguridad. En enero el canciller Wang Yi hizo de Addis Abeba la primera escala de su gira anual. En abril el enviado especial Hu Changchun visitó Asmara y escuchó a Isaias hablar de defender los intereses del Sur Global. China tiene con Eritrea una asociación estratégica e inversiones mineras, y con Etiopía una relación mucho más densa, el ferrocarril entre Addis Abeba y Yibuti y una deuda que acaba de reestructurar como copresidente del comité de acreedores.

Pekín suma además un dato militar. En septiembre un centro de estudios del establishment de seguridad de Washington, el CSIS, publicó

imágenes satelitales que muestran nuevas antenas y dos complejos de comunicaciones en la base china de Yibuti, a unos diez kilómetros de Camp Lemonnier. Más allá del tono alarmista con que se difundió, el dato es claro. China está convirtiendo Yibuti en un centro de escucha sobre Bab el-Mandeb en el momento en que el estrecho se volvió zona de guerra. No toma partido en la guerra etíope ni entre Riad y Abu Dabi. Escucha y protege el corredor por donde pasa una parte sustancial de su comercio con Europa.

Los BRICS ante una prueba de fuego

El Cuerno de África es hoy el lugar donde los BRICS ampliados se miran al espejo y no les gusta lo que ven. Etiopía, Egipto, Emiratos e Irán son miembros plenos desde 2024. Arabia Saudita fue invitada y mantiene una ambigüedad calculada. Rusia y China son fundadores. En el Cuerno, esos miembros están en trincheras opuestas. Emiratos financia al gobierno etíope y a los paramilitares sudaneses. Egipto encabeza el cerco contra Etiopía y sostiene al ejército sudanés. Irán arma a ese mismo ejército mientras sus aliados yemeníes bloquean a Arabia Saudita. A comienzos de octubre Addis Abeba expulsó a un diplomático egipcio.

Los BRICS no tienen mecanismo alguno para procesar un conflicto entre sus miembros. No tienen instancia de mediación ni doctrina de seguridad compartida, y ni siquiera produjeron una declaración común sobre lo que ocurre entre Tigray y Assab. Rusia y China actúan en el Consejo de Seguridad con los tres miembros africanos para frenar las iniciativas de Washington, como ocurrió el 8 de octubre con el embargo de armas a Darfur, que se prorrogó apenas por dos meses ante la negativa a extenderlo a todo Sudán. Pero eso es defensa de la soberanía frente a Occidente, no gestión de los conflictos propios.

La prueba de fuego es doble. Si los BRICS no logran que dos de sus miembros, Etiopía y Egipto, se sienten a negociar el agua del Nilo y el acceso al mar sin pasar por Washington o por las monarquías del Golfo, quedará demostrado que el agrupamiento es una coordinación económica y diplomática útil, pero no un polo capaz de ordenar su propio espacio. Y si la guerra entre Etiopía y Eritrea estalla, la ampliación de 2024 quedará asociada a la importación de las rivalidades del Golfo dentro del bloque. La multipolaridad realmente existente no es la paz de los equilibrios. En las

periferias es, por ahora, la competencia desregulada de muchos polos sobre territorios débiles, con potencias medias que tienen agendas propias, a veces en tensión y otras abiertamente contrapuestas.

Una guerra por delegación en el claroscuro

¿Estamos ante una guerra por delegación? La pregunta suele responderse con el esquema de la academia anglosajona, que imagina un principal que controla a un agente, un patrón que decide y un cliente que ejecuta. Con ese esquema la respuesta es ambigua, porque los actores africanos tienen agendas propias anteriores a sus patrones. Abiy no busca el mar porque se lo pide Abu Dabi. Isaías no sostiene al TPLF por encargo de El Cairo. Los Fano no pelean por Egipto sino por el Tigray occidental. Esa cautela es la que recorre los análisis que Beto Cremonte publicó en PIA Global, en *Etiopía, entre la guerra interna y la disputa por el Cuerno* y en *Etiopía, ¿una nueva guerra proxy por el Mar Rojo?*, donde propone una distinción útil entre una guerra en Etiopía, con causas domésticas, y una guerra por Etiopía, que empieza cuando el resultado de esas luchas internas se vuelve tan importante para otros Estados que deciden sostener de manera sistemática a los contendientes.

La categoría que trabajamos en Los monstruos del claroscuro mira el problema desde otro lugar, más cercano a la reflexión rusa sobre las guerras híbridas y a la tradición estratégica china que, desde fines de los noventa, piensa la guerra como un campo sin límites entre lo militar, lo financiero y lo diplomático. La guerra por delegación no se define por el grado de obediencia del cliente sino por la función del territorio. Es la conversión de un país o de una región en campo de batalla y laboratorio de una disputa por el orden mundial, librada con los cuerpos de quienes no diseñaron sus términos ni controlan su desenlace. Las élites locales la aceptan, algunas con convicción y otras por cálculo, y la población pone los muertos. Así ocurrió en Ucrania. Así ocurre en el Cuerno.

Con esa categoría la respuesta deja de ser ambigua. Sí, el Cuerno de África es escenario de una guerra por delegación. No porque Emiratos dicte cada movimiento de Abiy ni porque Egipto comande a los rebeldes tigriños, sino porque el ritmo, la escala y la duración de las guerras locales las fija hoy una guerra contra Irán que Washington inició, regulada por un redespiegue norteamericano que administra los desequilibrios del Cuerno en lugar de resolverlos, y alimentada por la competencia entre las monarquías del Golfo por la ribera africana. Las causas son locales. La dinámica es imperial. Y en ningún conflicto del Cuerno, por interno que parezca, puede dejarse de lado la dimensión de la injerencia externa, porque es ella la que convierte una disputa política en una guerra sostenida durante años.

El esquema clásico tampoco ve que muchas veces son los propios actores africanos los que salen a buscar patrones para sus guerras, ofreciendo lo único que tienen y que vale, la costa, el puerto, la pista de aterrizaje, el voto en la ONU, el reconocimiento de una frontera. Es la captura geopolítica funcionando en las dos direcciones. Y es lo que explica la trayectoria de los paramilitares sudaneses, que pasaron de milicia a corporación, de corporación a ejército y de ejército a gobierno paralelo, siempre con el oro y los mercenarios como mercancía.

Territorio, nodos y guerrerismo

Hay territorio en disputa, y en el sentido más clásico. El Tigray occidental, la franja fértil de Welkait, Tsegede y Kafta Humera que limita con Sudán, ocupada por fuerzas amharas desde noviembre de 2020, es probablemente la herida territorial más explosiva de Etiopía. Están Badme y la frontera de Bure, por donde Etiopía y Eritrea se mataron entre 1998 y 2000. Está el triángulo de Al-Fashaga, entre Sudán y Etiopía. Están Sool, Sanaag y Cayn, entre Somalilandia y el nuevo Estado federado reconocido por Mogadiscio. Está Darfur entera.

Pero el territorio que más importa en esta guerra no se mide en kilómetros cuadrados sino en nodos. Un aeropuerto en Mekelle o en Axum, la ruta A1 entre Addis Abeba y Yibuti, un puerto como Assab, Berbera o Bosaso, una isla como Perim, una presa sobre el Nilo Azul, una mina de oro en Darfur. La ofensiva tigrina de septiembre no buscó conquistar superficie. Fue por los aeropuertos para cortar el refuerzo federal y por la A1 para estrangular la economía etíope, y la respuesta del ejército priorizó exactamente esos dos objetivos. La disputa por el Mar Rojo es una disputa por cinco o seis puntos de la costa. El territorio aparece como red de circulación y la soberanía se negocia como derecho de acceso a esa red. Es la geopolítica de los corredores, la misma que se juega en otras regiones del Sur global donde el capital logístico vale más que la tierra.

Hablar de gestión de los señores de la guerra exige nombrar dos vectores de la dominación en la etapa de declinación hegemónica. Uno es la caotización. Emiratos no necesita que Etiopía gane ni que Sudán se pacifique. Necesita puertos que funcionen, oro que fluya y socios locales que dependan de él, y para eso le sirve más un Cuerno fragmentado en autoridades múltiples, cada una con su padrino, que un Cuerno de Estados

fuertes capaces de negociar condiciones. Lo mismo vale, con otros instrumentos, para Israel en Somalilandia y para Estados Unidos, que retiene los nodos, delega el desorden en sus socios y se reserva el derecho a regularlo.

El otro vector es el guerrerismo, la conversión de la guerra en forma permanente de gobierno y de acumulación. En el Cuerno la guerra dejó de ser un medio para un fin político y se volvió un modo de existencia. Sostiene a las élites militares que viven del flujo externo, al régimen eritreo que justifica su servicio militar indefinido por la amenaza etíope, al gobierno etíope que cohesiona una nación fracturada con la promesa del mar, a los paramilitares sudaneses que exportan oro y combatientes. Y alimenta a los proveedores de drones, de mercenarios y de créditos, que facturan en cada escalada. Del otro lado, Egipto y Arabia Saudita invocan la integridad territorial y la soberanía de los ribereños, pero sostienen a un ejército sudanés que bombardea su propio país y a un régimen que no vota desde 1993. La defensa del Estado contra la fragmentación también es, en el Cuerno, una estrategia de patronazgo.

Hacia dónde se mueve el tablero

A mediados de octubre el ejército etíope recuperó Mekelle, Adigrat y Adwa, llegó a Zalambessa y cruzó fuego de artillería con Eritrea sobre el río Mereb. Esa ventaja puede volver más tentadora la escalada, no menos. Abiy acaba de jurar un mandato de cinco años prometiendo el mar y sus tropas están sobre la frontera. Pero su victoria es más frágil de lo que parece, porque el TPLF no fue destruido sino que volvió al monte, y una guerrilla tigríña con retaguardia eritrea es exactamente el escenario que Asmara buscaba. Si lee esa ventaja como una ventana que se cierra, antes de que el cerco de El Alamein se consolide y de que Washington termine de inclinarse hacia El Cairo, puede intentar la jugada sobre Assab. El momento de mayor peligro no es la derrota etíope sino su victoria parcial. La advertencia de Rubio indica que Washington lo sabe, y que no piensa permitir que la costa eritrea se incendie mientras el estrecho siga en disputa.

El escenario más probable en las próximas semanas es una guerra de desgaste administrada desde Addis Abeba, con drones, cortes de comunicaciones y restricciones de combustible y efectivo sobre Tigray, a la espera de que las divisiones de la coalición rebelde hagan el resto. Es el escenario que reproduce las condiciones que rompieron Pretoria. El de mayor impacto es la fusión regional, un choque directo con Eritrea en torno a Assab o en las zonas de Tigray donde operan tropas eritreas, que uniría esta guerra con la sudanesa y llevaría al terreno la disputa entre Riad y Abu Dabi, con Egipto del lado eritreo. Entre ambos se dibuja una fragmentación prolongada, la sudanización de Etiopía, con un Estado que conserva las ciudades y los corredores mientras el campo de Amhara, Tigray y parte de Oromía queda bajo control de fuerzas armadas con

padrinos externos cruzados. La única salida que corrige el defecto de origen de Pretoria sería una mesa ampliada que sentara a Eritrea y a las fuerzas amharas y separara la cuestión del mar del expediente tigríño. Hoy es la menos probable, porque exigiría garantes externos dispuestos a presionar a sus propios aliados.

Sudán puede decidir el resto. El 20 y el 21 de octubre se reunieron en el Palacio de las Naciones de Ginebra (Suiza) unas veinte delegaciones, entre ellas el Cuarteto, Qatar, Turquía y los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, para coordinar las iniciativas de paz. Ni el gobierno de Burhan ni los paramilitares fueron invitados, porque la instancia es solo de mediadores. El enviado de la ONU, el finlandés Pekka Haavisto, habló de crear condiciones para un alto el fuego integral, y el anfitrión suizo describió el conflicto como una guerra de drones que mata sobre todo a civiles. La reunión terminó el 21 sin tregua. El comunicado final reclamó una desescalada inmediata y el fin de la injerencia militar extranjera, con mención expresa a los mercenarios, el financiamiento y el armamento, rechazó la partición de Sudán y cualquier gobierno paralelo, y respaldó un proceso político conducido por los propios sudaneses. Que esa condena a la injerencia se haya pronunciado en una mesa donde se sienta Emiratos, señalado como el principal sostén de los paramilitares, dice bastante sobre el valor de esos documentos. Haavisto prometió reunir al grupo cada tres meses y señaló abril de 2027 como horizonte para un giro hacia la paz. Mientras tanto casi treinta y cuatro millones de sudaneses necesitan asistencia humanitaria. Si la propuesta norteamericana de una tregua de noventa días no prospera, Kordofán seguirá siendo el epicentro de una hambruna anunciada y la frontera sudanesa-etíope seguirá siendo la bisagra que suelda ambas guerras. Y si Bab el-Mandeb queda en manos de Ansarullah mientras dure la guerra con Irán, cada puerto de la costa africana valdrá más y cada actor del Cuerno tendrá más incentivos para venderlo.

Somalia, a su vez, entra en enero en el vacío. Sin la logística de Naciones Unidas que Washington dejará de sostener, con tropas etíopes que se van y egipcias que llegan, con un presidente de mandato

prorrogado y regiones federales que negocian su propia política exterior, puede convertirse en el próximo escenario de la competencia entre Riad y Abu Dabi. Al-Shabaab será su beneficiario natural.

No hay en el horizonte una arquitectura africana capaz de contener este sistema. La Unión Africana fue rebasada en Tigray, en Sudán y en Somalia, y el organismo regional del Cuerno, el IGAD, está paralizado por las rivalidades de sus propios miembros. Lo que queda es la posibilidad, que los analistas de Amani Africa formulan con lucidez, de que los pueblos y Estados de la región reconstruyan acuerdos políticos internos antes de que las alianzas ajenas los decidan por ellos. Es una posibilidad remota. Pero es la única que no termina con la región convertida en lo que sus padrinos ya empiezan a ver en ella, un rosario de muelles con hinterland.

En 1935 Mussolini invadió Etiopía desde Eritrea y Somalia, y la Sociedad de las Naciones miró hacia otro lado. Noventa años después ya no hay un imperio que invada sino una docena de capitales que financian, arman, compran puertos y reconocen fronteras a medida. Para los pueblos del Cuerno, el resultado se parece demasiado.

Anexo. Actores y alineamientos

Actor	Ubicación en el tablero	Interés central	Instrumentos
Gobierno federal etíope (Abiy Ahmed, Partido de la Prosperidad)	Eje con Emiratos; vínculos con Israel; apoyo de Qatar y Turquía; respaldo ruso y chino a la integridad estatal	Centralización, salida soberana al mar, desarme del TPLF y de Fano	Ejército federal, drones, corte de servicios, mayoría parlamentaria, programa con el FMI
Administración tigrina afín y Fuerza de Paz de Tigray (Getachew Reda)	Aliada del gobierno federal	Desplazar al TPLF de Debretsion	Milicia propia, nuevo gobierno interino anunciado el 16 de octubre
TPLF y Fuerzas de Defensa de Tigray (Debretsion Gebremichael)	Núcleo de la coalición EPFAS; acercamiento a Eritrea	Autogobierno tigrino, restitución del Tigray occidental, caída de Abiy	Ejército regional no desmovilizado, drones de origen no establecido
Movimiento Nacional Fano de Amhara (Zemene Kassie)	EPFAS	Autonomía armada amhara, retención de Welkait y Raya	Insurgencia rural en buena parte de Amhara
Ejército de Liberación Oromo, facción del ONLF, grupos afar y del Benishangul	EPFAS, con reservas internas	Autodeterminación regional	Guerrillas de baja intensidad
Eritrea (Isaias Afwerki)	Firmante de El Alamein; sanciones estadounidenses levantadas; socia de Rusia y China	Impedir el acceso etíope a Assab, mantener al TPLF como amortiguador	Tropas en Tigray según Addis Abeba y testigos; apoyo a rebeldes negado por Asmara
Egipto (Abdel Fattah al-Sisi)	Conductor de El Alamein	Contener a Etiopía por el Nilo y el Mar Rojo, proteger Suez	Pacto militar con Somalia, tropas en la AUSSOM, alianza con Asmara
Sudán, Fuerzas Armadas (Abdel Fattah al-Burhan)	El Alamein; apoyo egipcio, saudí y eritreo; drones iraníes y turcos	Recuperar el control del país	Ejército regular, Puerto Sudán, acuerdo naval con Rusia en suspenso
Sudán, Fuerzas de Apoyo Rápido (Hemedti)	Patrocinio emiratí; retaguardia etíope denunciada	Consolidar Darfur y Kordofán, gobierno paralelo	Oro, mercenarios colombianos, drones, rutas por Chad, Libia y Bosaso
Gobierno federal somalí (Hassan Sheikh Mohamud)	El Alamein; socio de Turquía, Egipto, Qatar y Arabia Saudita	Integridad territorial frente a Somalilandia	Ruptura con Emiratos, bases turcas, tropas egipcias
Somalilandia (Abdirahman Irro)	Reconocida por Israel; socia de Emiratos; busca a Washington	Reconocimiento internacional	Puerto y aeropuerto de Berbera, minerales críticos

Actor	Ubicación en el tablero	Interés central	Instrumentos
Emiratos Árabes Unidos	Patrón de Addis Abeba y de los paramilitares sudaneses; socio de Israel	Puertos, corredores, oro, contención de Riad	Finanzas, drones, DP World, AD Ports, vuelos de carga
Qatar	Apoyo al gobierno etíope y a Mogadiscio	No ceder Addis Abeba a Emiratos, presencia en el Cuerno	Inversiones, defensa con Somalia
Arabia Saudita	Frente al eje emiratí; respaldo al ejército sudanés y a Eritrea	Seguridad de la ruta de Yanbu y de la costa africana	Alianza marítima de julio de 2026, mediación
Israel	Eje con Emiratos y Somalilandia	Vigilancia de Bab el-Mandeb frente a Ansarullah	Reconocimiento de Somalilandia, presencia de inteligencia con fuertes indicios
Turquía	Socio central de Mogadiscio; proveedor de drones a Addis Abeba	Somalia como plataforma africana	Bases, acuerdos navales, energía, puerto espacial
Ansarullah e Irán	Enfrentados a Israel, Estados Unidos y Arabia Saudita	Control de Bab el-Mandeb como palanca en la guerra	Ocupación de Perim, bloqueo a Arabia Saudita, drones al ejército sudanés
Estados Unidos	Doble carril con Etiopía; un pie en cada orilla; delegación en Emiratos e Israel, acercamiento a Riad	Retener los nodos del Mar Rojo durante la guerra con Irán e impedir una Etiopía marítima autónoma	Camp Lemonnier, bombardeos en Somalia, acuerdo de defensa con Addis Abeba, carta a Sisi sobre el Nilo, sanciones levantadas a Eritrea, apoyo a Riad en Yemen, Cuarteto para Sudán, retiro del apoyo logístico a la AUSSOM
Rusia	Socia de Addis Abeba y de Asmara	Anclaje africano y acceso naval	Rosatom, cooperación técnico-militar, Consejo de Seguridad
China	Fuera de los ejes	Corredores, deuda e inversiones	Base de Yibuti, enviado especial, comité de acreedores
Unión Africana e IGAD	Mediación rebasada	Salvar el marco de Pretoria	Panel de Obasanjo, llamados a la moderación

Notas de PIA Global citadas

Etiopía, la paz que nadie quiso sostener. Equipo de PIA Global, 28 de septiembre de 2026.

Etiopía: entre la guerra interna y la disputa por el Cuerno. Beto Cremonte, 24 de septiembre de 2026.

Etiopía: ¿una nueva guerra proxy por el Mar Rojo? Beto Cremonte, 2 de octubre de 2026.

Egipto y las contradicciones del poder: el Nilo, el mar Rojo y la disputa por el Cuerno de África. Beto Cremonte, octubre de 2026.

Eritrea, entre la defensa de su soberanía y la disputa por el futuro de Etiopía. Beto Cremonte, 15 de octubre de 2026.

Somalilandia y la soberanía en el Cuerno de África y la región del Mar Rojo. PIA Global, 11 de septiembre de 2026.

Türkiye y China están del mismo lado en Somalia. PIA Global, octubre de 2026.

El acuerdo entre Etiopía y Somalilandia reconfigura la geopolítica del Cuerno de África. Beto Cremonte, enero de 2024.

Esteche, Fernando y Casteglione, Tadeo. *Los monstruos del claroscuro. Geopolítica del interregno mundial.* PIA Global Ediciones, 2026.

Otras fuentes

Posiciones oficiales. Declaración Conjunta de El Alamein (4 de octubre de 2026); cancillería etíope (5 de octubre); cartas de Etiopía y Eritrea al Consejo de Seguridad (9 y 10 de octubre); comentario de María Zajárova, cancillería rusa (25 de septiembre); cancillería china sobre la visita de Hu Changchun a Asmara (abril); Departamento del Tesoro de Estados Unidos sobre el levantamiento de sanciones a Eritrea (18 de septiembre); comunicados de la Unión Africana.

Medios y centros del Sur global. Amani Africa (Addis Abeba); Press TV (Irán); TASS (Rusia); Xinhua (China); Addis Standard y The Reporter (Etiopía); Somali Guardian, Hiiraan Online y Dawan Africa (Somalia); Sudan Tribune (Sudán); Egypt Today; Anadolu; The Cradle (Beirut); Al Jazeera.

Fuentes de contraste, utilizadas para verificar datos fácticos. Informes de las misiones de Naciones Unidas sobre Sudán; Security Council Report; Center for Strategic and International Studies; New America; agencias Reuters, AP y AFP.

El Cuerno de África se convirtió en uno de los campos de batalla donde se decide el orden que vendrá. Las guerras de Tigray, Sudán y Somalia tienen raíces locales profundas, pero su ritmo, su escala y su duración los fija hoy la disputa entre el red despliegue norteamericano, los subimperialismos del Golfo y las potencias que emergen en el interregno. Los muertos los ponen sus pueblos.



PERIODISMO
INTERNACIONAL
ALTERNATIVO

noticiaspia.com · ISSN 3072-8940

ISBN 978-631-91296-4-9



9 786319 129649